

FRANCISCO CASTRO

# Tantos años de silencio

Traducción de Raquel Ferrón

**Rayo verde**  
*editorial*



*Para Mónica Vázquez Alonso,  
que impulsó esta novela  
desde la ilusión.*

*Como haces siempre todo.*



«La historia se detuvo en 1936».  
Carta de George Orwell a Arthur Koestler

«Al lector se le llenaron de pronto los ojos de lágrimas,  
y una voz cariñosa le susurró al oído:

—¿Por qué llorar, si todo  
en este libro es de mentira?

Y él respondió:

—Lo sé;

pero lo que yo siento es de verdad».

«La verdad de la mentira», *Nada grave*, ÁNGEL GONZÁLEZ

«Quiero escarbar la tierra con los dientes,  
quiero apartar la tierra parte a parte  
a dentelladas secas y calientes.

Quiero minar la tierra hasta encontrarte  
y besarte la noble calavera  
y desamordazarte y regresarte».

«Elegía», *El rayo que no cesa*, MIGUEL HERNÁNDEZ

«—Escapemos...

—¿De qué vamos a vivir?

—De amor. Escápate conmigo». *Slumdog Millionaire*

«Cuando acabes tu trabajo, lávate las manos y coge el libro que has pedido en la biblioteca. Busca un sitio tranquilo y lee. Recordarás siempre con placer esos ratos.

Guarda luego el libro cuidadosamente hasta que puedas volver a seguir leyendo. Procura que, al devolver el libro, ya leído, esté tan limpio como cuando te lo entregaron.

¡Buena idea se tendrá de un pueblo donde los libros se leen mucho y se conservan limpios y cuidados!».

Patronato de Misiones Pedagógicas (1931-1936)

# 1

*Febrero de 2006*

La mujer apareció cinco metros a la derecha, según miramos hacia el norte, y no en la misma fosa que los demás. Ella no estaba en la fosa, digamos, la grande, la que tenía tantos huesos ya etiquetados, marcados todos con aquellos pequeños papeles adhesivos, cada uno con su número, 1, 2, 3..., dígitos que aspiran a ser un significado, un nombre, un origen, una familia, recuerdos, memoria e identidad.

La Asociación por la Memoria Histórica de Flavia llevaba quince días haciendo eso: etiquetar huesos. Dos semanas sacando del suelo kilos de tierra mezclada con fragmentos de lo que una vez fue el sustento de un cuerpo, gente, personas que sintieron, que amaron y que odiaron, que durmieron, que respiraron, que cantaron. Que padecieron.

Todos habían muerto más o menos igual. Fusilados en su gran mayoría *sin formación de causa*, o sea, porque les apeteció a sus verdugos, que, además, estaban amparados por aquellos dos bandos de guerra, del 17 y el 28 de julio de 1936, que permitían que cualquier atrocidad no constase y que la locura se aplicase a voluntad. Aunque *fusilados* no es la palabra, porque la mayor parte de ellos murieron porque les metieron un tiro en la cabeza.

Había por lo menos seis cráneos perforados por disparo de bala en la frente. El mismo tamaño de orificio

en esa media docena. Un agujero limpio. Redondo. Perfectamente circular. Casi hermoso en su geometría si no fuese porque sirvió para lo que sirvió: quitarle la vida a un ser humano.

Solo uno de los cadáveres conservaba el cráneo en perfecto estado, es decir, que no se lo habían perforado como a los otros. El doctor Aboi, el forense que trabajaba en esta exhumación, concluiría días después que aquel cráneo pertenecía a unos huesos que, a su vez, habían aparecido con otras marcas de bala. Concretamente, sentenció con su sabiduría fría de galeno, había un peroné perforado y varias costillas astilladas por varios impactos de bala, o sea, lesiones causadas por muerte traumática, por decirlo en estilo formal y con la asepsia de formol semántico que se le supone a la ciencia incluso delante de casos tan poco asépticos.

Todos confiaban en que, a pesar de la confusión en la que aquellos cuerpos habían sido entregados a la eternidad de la tierra, depositados o arrojados allí de cualquier manera y en la mezcla segura de los huesos una vez desaparecida la carne, el ADN sería una herramienta poderosa que permitiría separar unos muertos de otros, y así establecer perfiles genéticos identificados y claros para discriminar unos asesinatos de otros, unos olvidados de otros, para más o menos recomponerlos y, si hay suerte, identificarlos con precisión gracias a los familiares que esperan desde hace tanto tiempo, abatidos, invisibles. En silencio.

La mujer sí apareció, en otro sitio diferente y cuando ya nadie se lo esperaba. Había sido la directora de la exhumación, Anxela, quien había insistido. Quiero que



perforemos también ahí y ahí, y señaló con la cuchilla que usaba para excavar delicadamente en la tierra, señaló rígida como una zahorí entrenada en el arte aguzado e inquietante de encontrar restos humanos, aunque no lo era, no lo era para nada, era su primera excavación, así que fue suerte, coincidencia, casualidad. Las personas trascendentes dirían: el destino. Otras, con tendencias poéticas, matizarían: no, el esqueleto estaba esperándola, pacientemente esperaba su turno, esperaba a que aquella persona dijese perforad ahí, porque ahí vais a encontrar un esqueleto de otra muerta de la Guerra Civil.

La mujer apareció cinco metros más allá que el resto de lo que quedaba de los otros cadáveres y fuera de la zona delimitada donde siempre se había pensado que estaba la fosa común, como más tarde se confirmó. No fue difícil, ya que los más ancianos del lugar recordaban dónde habían tenido lugar las ejecuciones, en qué lugar del pazo exactamente los habían matado, en qué parte del jardín del pazo de aquella tierra, de aquel país, de aquel planeta, de aquel momento histórico se había cometido aquella barbaridad, aquello de dispararle en la cabeza uno por uno a aquellos hombres que allí estuvieron detenidos en agosto de 1936. No quedaban muchos que pudiesen atestiguarlo con claridad y, sobre todo, no había muchos con la valentía suficiente para poner en palabras lo que eran capaces de recordar.

El silencio puede llegar a ser una costumbre. Y la costumbre, al final, se vuelve silencio.

Impulsadas por la Asociación por la Memoria Histórica de Flavia, las abuelas se atrevieron a entrar en

aquel pazo para señalar con el dedo. Es aquí, en esta pared, enfrente de la capilla de Nosa Señora da Guía, allí fue donde los pusieron de rodillas para matarlos, que yo bien que me acuerdo aunque en aquel momento era todavía una niña, dijo Amparo tapando con las manos los ojos para que no la viesan llorar, aunque aquellos ojos eran mares, y yo era una niña de nueve años y vi matar ahí a mi padre y a mis dos tíos, que eran del PCE. Me cago en la madre que parió a aquellos cabrones asesinos que tan gorda la montaron aquí, hijos de puta, ojalá se les pudra el alma, hacedme ya las pruebas de ADN, con todos los restos, con todos, quiero llevarme a casa los huesos de mi padre que me faltó en vida, los de mi tío, quiero todo lo que quede, aunque solo sea una muela, medio diente, me da igual, sí, los mataron justo ahí, pude ver cómo les perforaban la cabeza, puestos de rodillas ahí mismo, y muertos de miedo.

Setenta años esperando a que alguien les haga justicia y les arranque de dentro del pecho, pegada al esternón durante una vida completa, aquella angustia de no tener los restos de los familiares para darles camposanto u ofrecer velorio.

La mujer estaba cinco metros más allá, casi donde empieza el césped de la piscina.

Los voluntarios de la asociación trabajan a destajo, juntos y concentrados para aprovechar bien el tiempo en busca del tesoro, rebuscando en la tierra como quien recoge castañas en un día feliz de otoño.

Había sido un calvario conseguir que la ley fuese eso, ley, y que un tribunal, concretamente el Superior

de Justicia de Galicia, obligase al dueño a permitir las catas en busca de posibles restos.

Argumentó el propietario que aquello era propiedad privada.

Y llevaba razón.

Pero los muertos, desde las profundidades de su olvido de tierra y años, los muertos ejecutados sin juicio, los condenados sin defensa, los olvidados sin losa que abrigue sus nombres, los enterrados sin lápida alguna, los acribillados a tiros por los camisas azules, guardias civiles o simples perros hambrientos de sangre de venganza, gritaron más fuerte y dijeron: sacadnos, estamos aquí.

Y llevaban más razón que nadie.

Ella estaba allí, llamando, reclamando atención.

Su calavera asomaba de la tierra que le aliviaron por encima.

Donde antes había pensamiento, toneladas de tierra.

Donde antes había una nariz que olió las flores, las pieles, quizás el aire salado de las algas y del mar, que no está muy lejos de aquí, toneladas de tierra.

Entre los dientes, ocupando el lugar de una lengua que probablemente saboreó piel amada y fue vida, tierra.

Y entre los brazos, un libro.

Sabemos que no habla, pero es como si dijese: sacadme, tengo una historia importante que contar.

## 2

### *Finales de agosto de 1936*

Vila Flavia es el pazo del médico Emilio Varela. Los que lo conocen sueñan con volver a visitarlo. Los que nunca entraron, se imaginan las maravillas que allí dentro habitan. Unos, por lo que vivieron. Otros, por lo que escucharon. Y todos llevan razón.

Unos y otros hacen bien en practicar tales recuerdos o imaginaciones: la fama del pazo es grande desde los tiempos del padre del actual propietario. Don Javier Varela Mosquera, diputado en Madrid, lo había comprado y levantado desde las ruinas y el abandono de siglos para convertirlo en el lugar inigualable que era ahora, con aquellas paredes muestra de señorío; con el palomar en lo alto, señal de distinción; con la capilla, coqueta pero rotunda, como corresponde a la gloria de Nuestro Señor, señal de devoción. De sus manos pasó a las del médico don Emilio Varela, eminencia científica desde muy joven, hombre inquieto en todas las artes y culturas que en esta España se practican y conocen y, sobre todo, hombre generoso que lleva años poniendo su dinero al servicio de la gente más humilde, dándoles pan, casa y escuela.

Vila Flavia era un sueño. Un destino. Un deseo. En Vila Flavia todo es posible, decían los más poéticos. Los bailes de Vila Flavia son los más grandes de España o,

si no lo son, casi lo son, comentaban los más frívolos. En Vila Flavia los criados de servir presumen de su categoría y fortuna por trabajar entre aquellos muros y para aquel patrón. Las monjas del monasterio de Ve-leiro, apenas a un kilómetro monte arriba y, en la práctica, lugar mantenido por el dinero del doctor Varela, dicen que entrar allí es como hacerlo en una especie de antesala del paraíso, con aquella capilla dedicada a Nosa Señora da Guía, protectora de los marineros, tan limpita, siempre rodeada del aroma y el color de las camelias que crecen en aquel lugar vegetal, alocado y generoso. El laberinto de boj francés que hay en su interior, las cuatro fuentes que nacen puras y cristalinas aquí y allá, el jardín botánico que en su día don Javier mandó hacer con lo mejor de las plantas y árboles de todo el mundo, el lago artificial para los cisnes, la casa de planta haciendo un perfecto ángulo recto, la capilla, la balconada, la solana orientada hacia el mediodía..., todos esos elementos permiten afirmar que todo es luz en Vila Flavia.

Una pena que, desde hace unas semanas, allí solo habite la muerte.

-Aquí no podremos sobrevivir.

-Pero debemos sobrevivir y aferrarnos a la vida.

-Pero esto es como una cueva. Y en las cuevas viven los animales, no las personas.

Él la miró fijamente con la dulzura con la que acostumbraba a mirarla desde que era una niña y comprendió que estaba unido para siempre a aquellos ojos, a aquellos pechos, a aquella mujer infinita.

-Nosotros no somos animales, no somos ratas, aunque ahora estemos en esta madriguera. ¿Y sabes por qué?

-Dímelo, amor.

-Porque nosotros soñamos y amamos. Y los animales no hacen eso. Animales son esos que están ahí fuera. Esos que no sueñan.

### 3

Hubo un tiempo en que eran personas, seres humanos, gente. Incluso hubo un tiempo en que estaban vivos. Ya no lo son. Ya no lo están. Son espectros. Son muertos con un corazón que todavía late, pero ya no son humanos. Basta con asomarse al abismo de sus ojos para saber que ya no son hombres. Que son otra cosa. Allí dentro solo habita el miedo. *Son* miedo. No es que lo tengan. *Son*. Miedo en ojos medio cerrados convertidos en hollejos informes por los moratones y que por suerte no les permiten ver esa realidad pesada y oscura, pesadísima como bloque de granito insoportable sobre aquellas espaldas rotas. Miedo en las caras, que intentan no expresar, no dar a entender, no manifestarse. Es la mejor actitud si se quiere seguir vivo. Tragar. Aceptar. Obedecer. La Falange tiene muy mala hostia, había dicho ayer mismo el cura cuando les hizo entrar en la capilla de Nosa Señora da Guía, allí, en Vila Flavia, donde los habían encerrado como cerdos en la cochiquera antes de San Martín.

—La Falange tiene muy mala hostia. —Sí, eso mismo dijo desde aquel púlpito improvisado con cajas de madera amontonadas de cualquier manera unas junto a las otras, para después añadir—: No me provoquéis, porque Cristo está con la Falange y la Falange con Cristo. —Se detuvo a pensar, buscaba las palabras por las alturas celestiales y no le salían, sonrió, ya las había encontrado—. Se puede decir que las hostias son —pequeña pausa, teatral, sonrió más ampliamente, le

salió una voz aguda y ridícula, claramente de burla—divinas.

Se pudieron oír las risas por la ocurrencia, concretamente las carcajadas de los cinco guardias civiles que custodiaban a los poco más de veinticinco presos que, arrodillados, soportaron la misa y los insultos, como ayer y anteayer y antes de anteayer. Parece que llevan siglos allí encerrados, soportando todo eso así, sin permitirle a la cara que exprese nada. También rieron, perfectamente al unísono con los guardias civiles, los cuatro falangistas que a la derecha y a la izquierda del cura festejaban con aquellas risotadas no se sabe si la conexión de Cristo con su causa, de la que hablaba el sacerdote, o con el mismísimo demonio. En cualquier caso, los presos miraban al suelo. Ya fuese por la divinidad, por la Falange o por la Guardia Civil.

—¿No os hace gracia el chiste, cabrones? —Y dijo después, más bajo, dirigiéndose a los falangistas que lo escuchaban—: Estos rojos no tienen sentido del humor.

La alocución había sido casi la misma que la de ayer.

—Estamos limpiando España de rojos y de separatistas. Sois la escoria de nuestra sociedad. A algunos ya los hemos paseado. A otros, lo haremos pronto. No a todos, claro. No somos asesinos como vosotros. Solo a quien se lo merezca y a quien haya cometido crímenes realmente graves. Solo a los rebeldes. Así que, si tenéis suerte, puede que salvéis la vida mientras estéis aquí confinados antes de llevaros al Lazareto de San Simón, ya veréis qué bonita isla, allí en medio de la ría de Vigo. En fin, ya se verá lo que pasa con vosotros, pues todos para allí no iréis. Pero no tengáis miedo. No



temáis a la muerte. Os confieso antes y el Señor, que es misericordioso, os perdonará vuestras atrocidades, que no son pocas. Porque no sois buenos católicos, porque gracias a vuestras ideas de independencia la patria estaba en peligro y menos mal que se pusieron al frente los generales, porque lo que queréis es que España se desmiembre, que se rompa, que estalle en añicos, grandísimos hijos de la gran puta de Satanás, cabrones, porque queréis la anarquía, que no haya ni ley ni Dios, ¡republicanos de los cojones!

Dicho esto, y siguiendo al cura, todos hicieron brazo en alto el saludo fascista. Todos. Ellos también. Y si no estuviese clavado en la cruz, también lo haría Cristo y lo haría con miedo. Tal era el temor que habitaba, libre y poderoso, en las paredes de aquel pequeño mundo de tinieblas y muerte.

El doctor Emilio Varela, con los ojos fijos, como los demás, en el suelo, para qué levantarlos si en el horizonte tan solo hay alambradas, baja por fin el brazo cuando terminan los vivas —a España y a Franco, tres veces viva para cada uno, seis vivas como seis tiros a pecho descubierto, y un grito final, ¡España, Una, España, Grande, España, Libre!—, se pregunta cuál habrá sido su atrocidad, pues de eso es de lo que habla el cura: de atrocidades. Él las suyas no las conoce, no puede imaginar cuál es su delito, cuál es su conducta terrible para merecer aquel castigo brutal que él y Ana, su hija desaparecida desde hace semanas, desde que la guerra empezó, están sufriendo a manos de estas bestias que los tienen así, sin casi comida, casi sin agua, moribundos.

Vencidos.

## 4

Ya todos se habían ido a casa después de aquella jornada de dieciséis horas hurgando en la tierra cuando Anxela encontró aquel esqueleto tan bien conservado con un libro entre los brazos.

Cuando se moría el día, cuando ya no quedaba aliento, cuando su cuerpo era muy consciente de que iba a rendirse y de que las agujetas iban a ser de escándalo al día siguiente, decidió quedarse a sacar tierra en otros puntos, ya que los demás se marchaban.

Y, entonces, apareció.

Un esqueleto completo más o menos conservado, con más o menos todos los huesos, como si la tierra y la humedad tuviesen miedo a hacer su trabajo paciente de tiempo que erosiona la historia y sus secretos.

Como los demás, la cabeza agujereada en mitad de la frente.

Era una mujer, sin duda, por el tamaño de la pelvis.

Estaba con los brazos entrecruzados sobre el pecho, como tanta gente en los ataúdes, en esa misma postura de descanso.

Perfectamente cruzados.

Y entre las manos y las costillas, algo que parecía un libro.

Un volumen grueso protegido por una tela roja, como de cortina. Transparente y algo agujereada.

Bajó a la fosa, resbalando ligeramente, pero sin perder la verticalidad. Se puso en cuclillas y con dos dedos agarró la muñeca izquierda para separarla lo suficiente como para que hubiese espacio para apartar la tela y sacar el libro.

Después, devolvió el brazo a su posición anterior.

Y de un salto, volvió al mundo de los vivos con un libro en las manos.

*Poemas a Ana.* De Ramón Gándara.